

prusiano. Al punto mil voces siniestras repiten: es un prusiano, un prusiano. El italiano sabe lo que aquellas palabras significan, sabe que equivalen á una sentencia de muerte, pero de muerte horrible, infligida por una cruel muchedumbre tomada de delirio. Y la emoción que sus temores le inspiran, la atribuyen aquellos energúmenos á remordimientos, y creen que revelan el crimen existente sólo en su odiosa malicia. «Es un *sergent de ville*, disfrazado,» dicen unos. «Al agua, al agua,» gritan todos. Hay un resto de fuerza pública que todavía protege la inocencia contra la mayor fiera que puede encontrarse en el mundo, contra una muchedumbre desbordada. Pero los pilluelos de la calle, que se gozan en el mal ajeno; los borrachos, á quienes la embriaguez da ideas lúgubres; las depravadas mujeres, caídas desde la delicadeza y la ternura de su sexo en la crueldad más implacable, horribles furias, descendientes de las antiguas calceteras de la guillotina; toda la hez moral de las grandes ciudades se remueve, y husmea con el avisor olfato del tigre ó del cuervo la carne chorreando calurosa sangre; y se agolpan contra las culatas, metiéndose entre las bayonetas, para llevarse y repartirse en pedazos su inocente presa.

Aquellas gentes, con sus rostros demudados, sus bocas espumosas, sus ojos relampagueantes y siniestros, sus gritos discordes que semejaban á rugidos de león y á mahullidos de tigre, sus vociferaciones de cólera y de odio, ponían espanto hasta en los más habituados á ver los desórdenes y los excesos de los pueblos. Por los parapetos del Sena se amontonaban y pedían cada vez con más ardor la muerte de la pobre víctima. Parecía que las turbias aguas reclamaban aquel humano sacrificio. Parecía que serían de ver los estremecimientos de aquel cuerpo lanzado á la corriente, su lucha desesperada con la asfixia, sus esfuerzos por recoger el aire último de la vida y por libertarse de las

aguas, su defensa rabiosísima, sus estremecimientos epilépticos, su siniestra agonía y su espantosa muerte. ¡Ay! Entre veinte mil almas que en aquella gran plaza se agitaban, ninguna se estremecía de compasión y de dolor. ¿Se han tristemente empedernido las entrañas? ¿Han muerto los humanos sentimientos? ¿El hombre enloquecerá á veces hasta ahogar todo cuanto tiene de ángel y conservar cuanto tiene de fiera? Parecía que aquella muchedumbre era impetuosa como el torrente, ciega como el rayo, fatal como la peste, una calamidad de la naturaleza física y no un elemento del mundo moral. Algunos cazadores, que parecían más compasivos, demandaban para el amenazado un privilegio, la facultad de saltarse él mismo, por su propia mano, la tapa de los sesos. Pero se había decretado una muerte más terrible, y cumplieron el decreto. En el muelle de Enrique IV, lo cogen, lo atan, le pasan una cuerda por brazos y piernas á fin de que no pudiera moverse, y lo lanzan, como una piedra, al Sena. Cuando aquel lívido rostro alguna vez aparecía en la superficie, le arrojaban arena, guijas, pedradas, maldiciones. Dos horas duró aquella terrible agonía, cuyo relato da aun escalofríos de horror; y en dos horas no brilló ni un relámpago de conmiseración, como si la humanidad inmortal hubiera muerto en el hombre.

Pues una muchedumbre á este extremo exaltada y febril, iba á ver los cañones, que creía de la Guardia nacional, en manos de las tropas de línea. Si la operación se consuma á la hora convenida, no se corre ningún peligro. Pero el general Lecomte esperó cuatro horas, cuatro largas horas los atalajes en vano. Y hubo tiempo de sobra en las cuatro horas para que la población del barrio advirtiese el hecho y se echase á la calle. La generala suena por todas partes; la consigna revolucionaria vuela de boca en boca; las armas vibran; los guardias nacionales se reúnen; las mujeres y los niños se dirigen á los soldados

ya con súplicas, ya con imprecaciones. Aquellos soldados heridos por sus anteriores derrotas, fatigados de la espera y de la tardanza, recién sacados del pueblo, respetuosos ante París y los parisienses, cuando ven aquel oleaje de la muchedumbre que ora los acaricia como si quisiera mecerlos en sus brazos, ora los amenaza con estrellarlos, y de todas suertes les comunica vahidos y vértigos, en que pierden la cabeza y flaquean los corazones, lejos de oír las órdenes de su general encaminadas á abrirles paso, levantan las culatas y se dispersan por todas partes. El pueblo coge aquellos inofensivos fusiles, los pasa de mano en mano hasta entregarlos á los jefes del movimiento, y arrastra á los soldados á la taberna á pagarles en libaciones su triste indisciplina. No hay cosa más terrible que ver la tropa de línea dispersa, desorganizada, entregando los fusiles, desciñéndose de sus señales de gerarquía y de grado, para embriagarse en las tabernas y perderse en los motines. Todo el mundo los veía descender de las alturas de Montmartre, de Chaumont, de Belleville al centro de París confundidos con el pueblo, saltando, riendo, ébrios de alegría como de vino; y todo el mundo comprendió que la insurrección estaba triunfante, que la Comunidad revolucionaria estaba fundada, que París, después de haber permanecido aislado durante cinco meses del resto de Francia por una selva de bayonetas, iba á aislarse moralmente en la zarza abrasada de una revolución demagógica.

Mientras tanto el general Lecomte, á quien sus soldados no habían obedecido, firme en su puesto, sin abandonarlo ni al momento último, cayó en manos de las muchedumbres. Condujéronle á varios puestos por largas calles de amargura, escupiéndole, insultándole, pobre mártir del deber, ilustre víctima de los desenfrenos populares. En el mismo barrio de Montmartre, calle de Rossiers, número seis, casa rodeada de ameno jardín, donde altas lilas florecen, lo encerraron para juzgarlo y

condenarlo en medio de aquella fiebre de los ánimos ponzoñosa completamente á la conciencia, la cual perturbada así, es incapaz de todo juicio y de toda justicia. Soldados sin disciplina, franco-tiradores dispersos y refugiados en París, aventureros sin oficio conocido, guardias nacionales ébrios, clubistas delirantes, demagogos sin responsabilidad, toda esa hez que se ocultaba en las entrañas de la ciudad recién sitiada, toda esa hez salida al olor de la revolución, rodeaba á Lecomte dentro de la improvisada prisión, y le maldecía con toda suerte de improperios, le atormentaba con golpes, mientras las furias de aquel averno, las mujeres más perdidas del barrio, desde las ventanas pedían á gritos su muerte; y un tribunal anónimo, desconocido, sin mandato, sin autoridad, se congregaba para cumplir expeditivamente el fallo atroz de tan ciegos y enconados odios. En esto, cuando más implacable y más cruel aquella plebe se mostraba con su inocente é inermes víctima, las puertas se abren y aparece un anciano de cabellera y barba blanca, de aspecto venerable, de aire militar, vestido sencillamente de paisano, y arrastrado al infame hervidero de tantas cóleras por una turba desarrapada y en desorden. Era el general Clemente Thomas, republicano convencido y antiguo; enemigo irreconciliable de los Bonapartes durante todo el tiempo de su imperio; partidario de la política de Cavaignac, igualmente conservadora y democrática; comandante de la Guardia nacional en las terribles jornadas de Junio de 1848, y por lo mismo, el que más duras lecciones había dado á los socialistas en armas; de alto cargo militar durante el sitio y severísimo con todos los gárrulos de las reuniones públicas, prontos á correr y á dispersarse en la batalla; blanco de odios inveterados, antiguos, estallando en aquella siniestra hora de delirio. Llevado de su acendrado patriotismo, de su instinto militar, salió de paisano, puesto que ningún destino militar á la sazón desempeñaba, para ver

a guerra de sus aficiones y de sus hábitos, la guerra en las calles, y conocido por sus innumerables enemigos, es atado y conducido al improvisado tribunal de las venganzas. Los dos generales se encuentran unidos en el mismo cuarto, amenazados de la misma muerte, sin esperanza no ya de misericordia, pero ni siquiera de justicia.

Los gritos horribles de aquella multitud desenfadada contrastaban con la serenidad de los dos mártires. Parecía que los perseguidos, los atenaceados, los cercanos á la muerte eran los verdugos, segun los gritos horribles que daban, y los epilépticos estremecimientos en que se agitaban. La sed de sangre habia llegado á convertirse en una verdadera demencia. No escuchaban más que la voz de su ódio, no veían más que el blanco de su cólera. Algunos guardias nacionales habian logrado establecer débil barrera entre los generales y sus perseguidores, barrera que á cada momento cimbreaba al empuje de la muchedumbre. Cierta oficial garibaldino, vestido con su blusa roja, sube á una de las sillas del jardin, ordena un redoble de tambor, impone silencio, y ruega á la multitud que forme un consejo de guerra para entender en el crimen de los dos prisioneros, y castigarlos en justicia. Pero la multitud no quiere dilaciones: proceso largo, acusacion razonada, defensa inmediata, quiere oler la pólvora, oír los tiros de las descargas, ver desplomarse á sus dos enemigos atravesados por las balas, abrirles luego las entrañas y buscarles el corazon para esprimir su sangre humeante sobre la dura tierra. En pos del garibaldino, viene otro oficial que pide un aplazamiento. Aquellos furiosos se lanzan sobre él, le asen fuertemente, le maltratan, le arrancan las insignias de su dignidad y de su mando. Ya no habia resistencia posible, la cruel sentencia iba á cumplirse por los mismos que la habian dictado en la ceguera de su cólera.

Los amotinados rompen la valla, entran en

el apartamento, mandan salir primero al general Clemente Thomas en medio del patio. El valeroso veterano sale sereno, erguido como si fuera á pasar una revista. A los primeros pasos una descarga cerrada le alcanza y le hiere. Aunque la sangre cae de su cabeza y mancha su gaban gris, ni una señal de dolor en su fisonomía, ni una contraccion en su cuerpo; dando la espalda á la pared y la cara al tumulto, se mantiene de pié, sonriente ante la muerte que le estrecha ya en sus huesosos brazos. El único ademán que hizo fué defender con la mano izquierda su rostro de las balas; y la única palabra que profirió fué un supremo viva á la República. Por fin nuevas descargas lo alcanzan; setenta balas le acribillan; y cae del lado derecho. Cuando ya está muerto, extinto, aquella muchedumbre todavía le insulta y le golpea; todavía da puntapiés á sus restos mortales; todavía le rompe á culatazos los huesos.

El general Lecomte oía la terrible tragedia que pasaba en el patio. Sus últimos instantes fueron todos para la familia. Llamó á un capitán de línea que estaba allí preso con él, y le entregó el dinero que llevaba encima, y le recomendó que viera á su mujer idolatrada, viuda en la juventud, á sus cinco pequeñuelos, en la primera infancia huérfanos. Estos momentos acompañados por la algazara de los infames y el ruido de las descargas, fueron momentos de ese dolor, cuya intensidad no cabe en el humano pecho, y cuya expresion á su vez no cabe en la humana palabra. Sale al jardin; y algunos militares le saludan como instintivamente. El contesta al saludo con rigurosa etiqueta militar. De pronto, un tiro le hiere en las piernas y le obliga á caer de rodillas. Lo levantan, lo empujan, lo acercan al cadáver de su camarada, le obligan á mirarlo para ennegrecer más sus últimos instantes, y lo rematan con diez balazos.

Después que hubo terminado el sacrificio, la muchedumbre se espantó, se aterrorizó de su

propia obra. Todos los actores de aquella tragedia se dispersaron á los cuatro puntos del horizonte como huyendo de sí mismos. Sepulcral silencio reinaba donde antes reinara la extridente algazara. No se veía pasar ni un alma por aquel sitio de desolacion y de maldiciones. Algunos, ó tocados en el corazon ó argüidos por la conciencia, se acercaron al cuarto donde estaban los restantes presos y les dieron suelta. La noticia corrió por París, causando general asombro. Volvian los tiempos del terror y volvian agravados. Al cabo entonces rara vez se dejó á las muchedumbres que se ensañaran así. Muchos crímenes se cometían; pero se cometían por tribunales visibles, responsables con forma de juicio. Pero aquella multitud desordenada que habia cogido dos generales por caso fortuito, los habia encerrado en la primer habitacion que le vino en mientes, y allá, sin forma de juicio, entre alaridos dignos del infierno, los habia inmolado acribillándolos de balas y luego ejerciendo en sus restos las más innobles venganzas; aquella multitud francamente aparecía como un monstruo tanto más terrible cuanto más irresponsable y anónimo. Una de las víctimas, Lecomte, era un general muerto en el cumplimiento de su deber. La otra víctima era un liberal de arraigadas convicciones, un republicano de toda la vida, un perseguido de los Bonapartes, un desterrado del Dos de Diciembre como para enseñar que aquella muchedumbre detestaba más á quien más habia contribuido á emanciparla y redimirla.

Ya hubo en este momento un comienzo de

reaccion. Las gentes se asustaban al verse á merced de aquellas turbas irresponsables, muchas de ellas dirigidas por mujeres furiosas, á quienes el hambre habia trastornado el juicio y habia inspirado una crueldad inexplicable. Alguna vez habreis visto depositar en despoblado los restos de caballerías ó de otras alimañas. Inmediatamente que los abandonais, los perros vagabundos, los lobos hambrientos, los cuervos y los buitres se juntan y los devoran. Pues lo mismo pasaba en las calles de París durante el sitio y después del sitio. Aun no habia caído un caballo en la calle cuando salían súbitamente, cual si á manera de los cuervos vinieran por los aires, toda suerte de siniestras figuras humanas, trémulas de terror, pálidas de hambre, á repartirse el festín de carne y sangre con la misma voracidad y los mismos rugidos que las alimañas carniceras en las selvas. Así habianse acostumbrado las gentes á las matanzas y á la crueldad que las matanzas traen consigo. Y la guerra y la desgracia acabaron por sumergir en tinieblas espesas la conciencia. Y París se encontró abandonado, á merced de todas aquellas pasiones hirvientes. Y vino una de esas épocas en que parecen disolverse y disiparse las sociedades humanas. Y el reinado de la Comunidad fué una fiebre que empezó por los asesinatos y concluyó por los incendios. Y se demostró una vez más que la demagogia no puede dominar jamás por largo tiempo; y que sus efímeras orgías sólo sirven para eclipsar la libertad y para deshonrar la República.